

Prólogo

RAMÓN MUÑIZ

(periodista)

Usted es un salvaje, pero se le ha olvidado.

Le habrán explicado por qué sale el Sol y la ley de la gravedad y que todas las regiones tienen cuatro estaciones salvo Asturias, que con la de tren ya le vale. Dijeron que el mundo era redondo y se lo creyó sin necesidad de ir a la Luna a verificarlo. Los profesores, los periódicos y la televisión cumplieron su misión civilizatoria, suministrándole instrucciones para entender la vida y poder desencantarla. Uno deposita cierta fe en los sabios de la tribu y a cambio estos le dan certezas con las que espantar el misterio; la ignorancia que nos obligaría a buscarnos cada uno por su cuenta una respuesta propia para todo. La cosa funciona más o menos así. Hasta que llegas a Oviedo.

Te educaron en Barcelona, Coruña, León y Madrid, por lo que vienes seguro de ser ya un homínido maleado, preparado para la vida moderna en su variante ibérica. Entonces llegas a Oviedo, paseas una noche y te tropiezas a un ser uniformado, a sueldo por tanto del erario para perpetrar lo que está perpetrando: regar entera la calle bajo un intenso chaparrón.

«Oiga, ¿pero qué hace? ¿Está loco? ¿Por qué echa más agua al agua?». A la fuerza tienes que tratar con desdén a ese ser; tú eres un misionero y él un indígena descarriado. No hay otra. Te has encontrado a un bruto, a un ignorante, a un bárbaro al que no han logrado permear las décadas de anuncios pagados por el Ministerio de Medio Ambiente contra el derroche del líquido elemento. «El contrato con el Ayuntamiento pone que debemos hacerlo así», te dice entonces encogiéndose de hombros y prosiguiendo su trabajo: ese que le ha confiado la asamblea de funcionarios y políticos reunidos en el Consistorio. Así que piensas que, oye, esto es Oviedo. Aparta tus convicciones. Aquí se vota, decreta, contrata, paga, fiscaliza, invierte y renueva para regar lo mojado. Para eso y para que tú te sientas un salvaje si no lo entiendes.

La capital recibe al foráneo con infinitas maravillas que perseveran en ese desaprendizaje. Aquí hay un culo enorme apuntando perfectamente al teatro

al que van reyes y potentados. Allí un pleno municipal que aprueba entregar dinero de sus impuestos a un equipo de fútbol para que pueda fichar a un jugador del Real Madrid. ¿Por qué no? Conciertos de Isabel Pantoja, always. Y rotondas. Y caballos. Y toros gratis total. Y un proyecto para hacer una playa. Y un alcalde millonario que siente como una obligación del cargo no ir a los plenos municipales.

El disparate se vestía de prodigio y el pueblo, siempre sabio, lo refrendaba en las urnas porque aquí siempre se ha sido muy devoto de los prodigios, de los que visten y de los que ponen a Oviedo muy guapu. Los pecados colectivos no comprometen a nadie y si a los pecadores se les renueva contrato cada cuatro años, se sienten obligados a envalentonarse y superar sus machadas, como es natural.

David Remartínez y Gonzalo Díaz-Rubín visten bien y adoran todo lo guapu de la capital, pero son unos descarriados. Doble Martínez había pasado por la COPE sin salvar su alma; La Nueva España y La Voz de Asturias tampoco lo hicieron mejor con Gon. En aquellos maravillosos años acabaron empleándose en la delegación capitolina de El Comercio, el primero de baturro y jefe, el segundo como enterado mayor. Es raro el papel, la parcela, el juicio o el euro público que se mueva en esta ciudad sin que lo sepa Gonzalo. Por eso y por maridar una memoria portentosa con una voracidad lectora se ha ganado, entre los que le envidiamos, el sobrenombre de ministro.

Son muchos los dislates de este dúo y entre ellos está el que Oviedo, aún hoy, carezca de un palacio de Justicia que evite a abogados y procuradores ese peregrinaje diario por la pléyade de tribunales que salpimientan la ciudad. En el año 2009 el Gobierno de Vicente Álvarez Areces lo tenía todo listo para terminar con semejante suplicio levantando un nuevo edificio en la parcela de El Vasco, ya saben, donde había una estación de tren que se echó abajo una noche en la que mandaba Antonio Masip. La idea era que otra pareja habitual, Cosmen y Lago, levantara ahí un palacio y que luego el Principado se lo alquilara por treinta años antes de quedárselo en propiedad. El oficialismo fue transparente y dijo que la operación saldría por 190 millones a las arcas públicas. Nuestros autores desvelaron que según el proyecto, aquello no valía más de 90. Hubo llamadas, cafés, nervios. «Sí, ya sé que vosotros jugáis a ser Woodward y Bernstein, pero esto es bueno para todos», les vino a recriminar una consejera de aquel Gobierno. Woodward y Bernstein. Los que destaparon el caso Watergate, los ídolos de todo periodista. El insulto que todos mataríamos por oír.

Disculpen la venalidad, pero trabajar en El Comercio, en Oviedo, imponía entonces un sacerdocio distinto. De los tres diarios, era la cabecera que llegó

desde Gijón, sospechosa por tanto de todo sin hacer nada. En condiciones normales, haría falta empuje, tesón y pocos complejos para salir adelante. Pero estamos en Oviedo, donde los prodigios se hacen realidad. Un grupo político avalado por las urnas tenía cortejado a un selecto grupo de radios, televisiones, editoriales y al #diariocadadíamáslider; altavoces que se dejaban hacer para disgusto de sus profesionales más irredentos. Recibían ayudas e información privilegiada, podían hablar con el concejal de turno, tenían las puertas abiertas mientras irradiasen la versión correcta y recluyeran a la oposición a piezas breves. Al resto de medios, ese grupo dirigente avalado por los votos los trataba como al enemigo. Pero como el enemigo de verdad. Con denuncias, acusaciones de ejercer el terrorismo y todo eso.

La dinámica no es nueva: sucede en otros lugares y sitúa al informador que se queda fuera del festín ante un dilema: ¿qué puñetas haces con un alcalde que te desprecia y trata de que tú y tu empresa desaparezcáis? El instinto pide guerra, maltratar sus éxitos, poner la lupa sobre sus fracasos. Recuerdo aterrizar en aquella delegación y tropezar con una apertura de periódico que detallaba los méritos de una iniciativa del alcalde Gabino de Lorenzo, alguien en quien, ignorantes de nosotros, no reconocíamos aún a Best Mayor Ever. Pregunté a Remartínez si le había dado el sol o se iba a poner también a regar lo mojado. Sonrió:

—Mira, una vez en este periódico intentamos llevarnos a bien con el gabinismo, fuimos a una comida y su jefe de prensa traía un dossier enooooorme con todas las noticias donde, pese a todo, había cosas que no le gustaban y las había subrayado. Intentamos lo contrario, ir a la contra, pero tampoco te sirve de nada. Al final hemos decidido hacer simplemente periodismo. Contar lo bueno y lo malo de su gestión y confiar en que eso funcione. Si no sale bien, al menos nos vamos tranquilos a casa.

Esa divisa terminó cuajando en aquella delegación nacida en los noventa y por la que antes habían desfilado otras generaciones de periodistas condenados a bregarse con todo en contra. Me gusta creer que cada uno dejó su poso en la oficina de la calle Uría, delante de la que todos pasaban y nadie veía. Es una metáfora apropiada para una sección local que, con el empuje de todos, fue sigilosamente cobrando más influencia que lectores primero, para desde ahí hacerse un hueco en los bares de la ciudad.

Sí: había una guerra mediática, el Ayuntamiento blandía a diario sus armas en forma de reparto discrecional de anuncios, informaciones, llamadas al director, broncas en la sala de prensa delante del resto del oficio, propuestas al redactor de turno para que dulcificara sus noticias y ya hago yo porque te contraten a buen precio esta publicación municipal.

Gonzalo y David, junto a Paz de Alvear, Susana Neira, Marta Frechilla, las Anas (Fernández, Salas y Segura), Idoya Rey y los que por allí pasaron siguieron a lo suyo, tratando de explicar el gabinismo sin caer en la trinchera.

Se trata de un pecado individual, penado con un ostracismo que —hoy se puede decir— fue menor del que se aparentaba. Para este libro, por ejemplo, se reunieron con un centenar largo de políticos, abogados, periodistas y gentes que pasaron por allí. Y ojo. Esos cafés y copas acreditaron que Gabino se ha jubilado, pero que el gabinismo permanece. «Nadie os va a dar una entrevista, no todavía; en eso la red volverá a ser compacta e impenetrable»: así se lo advirtió una de esas voces que, como las demás, están dispuestas a hablar si los únicos nombres que salen aquí son los de Remartínez y Díaz-Rubín.

Conforme. Este autobombo se me ha ido de las manos, pero es porque en las siguientes páginas no verán asomo de estas batallitas. Para ceder toda la luz a Mr. G. y su alcaldía incomparable, los autores han preferido ponerse detrás del foco y no compartir con ustedes las exclusivas que sacudieron aquella época prodigiosa. Creen que hacerlo; que hablar del trabajo riguroso que perpetraron y en el que muchos encontramos oxígeno para respirar, podría distraer ahora al respetable. Yo, lo confieso, apostaba por otra cosa y me estoy vengando aquí.

Sé que a ellos les jode, pero a mí también me jode escribir un prólogo y aquí ando, contándoles que detrás de la firma de David y Gonzalo, durante mucho tiempo, hablaron los que no podían hacerlo de otra manera. Que entonces sus artículos eran un poco la resistencia de quienes nos sentimos salvajes en Oviedo y aprendimos a disimularlo. Que, caramba, son ese reproche que Best Mayor Ever hizo hace unos meses hablando de El Comercio: «Vosotros siempre tenéis la manía de sobrevivir».

Es un camino que te lleva a crecer, tener hijos y querer contarles una historia de encantos que deben ser recordados.

Pasen y lean.